

**GAUNA, Aníbal: *El proyecto político de Michel Foucault. Estrategias para la cultura venezolana*,
Universidad Católica Andrés Bello, Caracas 2001.**

Prof. Jesús Hernández*

Hay mucha tela que cortar en la primera obra escrita para el público del joven sociólogo venezolano Aníbal Gauna. Quiero remarcarlo desde el inicio: es la primera obra, obra, a todas luces, de juventud, y por ello valiente con moderación, desafiante con cautela e ingenua con sabiduría.

A fin de dar cuenta justa de su alcance y limitaciones, pintaré con trazo grueso algunos de los hitos principales de un texto digno de lectura detenida y, por momentos, de serio acercamiento para pulir donde convenga y extraer conclusiones que un joven autor no debe ignorar, pero que es mejor ir aprendiendo poco a poco que suponer dadas como si nada hubiera ocurrido en la larga tarea de estudiar, escribir y publicar. Dividiré mi exposición de la siguiente manera: 1. La obra, por fuera. 2. La obra, por dentro. 3. La deriva venezolana.

1.- La obra, por fuera

Son cuatro las secciones en que el autor ha dividido su obra. Conviene saber que ellas recogen y prolongan el trabajo de grado con que en su día optó, brillantemente, al título de sociólogo. La última sección, no toda, pero sí en parte como luego se verá, recoge lo más novedoso y aplicado de aquel primer trabajo que, convenientemente modificado, ahora ve la luz pública. La última sección, de hecho, arrastra a las otras. El marco metodológico (sección primera), la breve reconstrucción del pensamiento de Foucault (sección segunda), saberes y poderes (sección tercera), han sido dispuestos para acceder a una cuarta, y en particular a la subsección 14 (estrategias para la cultura venezolana), que da sentido final y cierre

* Director de la Escuela de Filosofía de la Universidad Católica Andrés Bello.

a un texto denso, bien construido y, esperemos, académicamente provocativo. Qué acogida dispense el medio al que se dirige —el medio académico— es de todo punto impredecible: entre nosotros no son la lectura detenida, la crítica ponderada, la tertulia abierta y la corrección fundada criterios que guíen nuestra vida académica. Lo digo porque en el libro se recogen estudios, ideas y personajes de cierto calado nacional que han sido aludidos con la suficiente precisión y claridad como para que, si lo desean y sobre todo les importa, prolonguen una obra primeriza y a todas luces inconclusa. Y esta obra no es sólo académica, es política y moral y, por ende, invitación abierta al debate que quiere construir otra sociedad. Que sea, esta vez, un joven quien se lanza al agua siempre procelosa del debate, es motivo de satisfacción para sus formadores, que ven ahora como una tradición local, por débil que aparezca, concita talento joven para seguir adelante con mayor ahínco.

2.- La obra, por dentro

Quienes conocemos a Gauna, lo sabemos calmo, reflexivo, pausado, lento y tenaz. Algo de todo ello tiene su libro. Se ha tomado la molestia de dejar en claro que ha leído a Foucault de arriba abajo, haciendo acopio, a la vez, de reconocidos exegetas del pensador francés que lo guían, en momentos delicados, con mano precisa y tino cierto: se sirve de ellos honestamente y le ayudan a colocar las ideas en su puesto y rango.

Pero veamos en sus rasgos más notables qué lectura hace Gauna del autor francés. Ya he dicho que pintaré grueso, de modo que no busque el lector lo que avisadamente ya se indica que no encontrará: la minucia de un recorrido que un joven autor merece ver leída por haber elaborado un texto que no duda en publicar para seguir aprendiendo sin descanso.

Apurándome yo mismo por declarar, según mis entendederas, cuál es el concepto que trama el texto, opto por el concepto de "sujeto". No me opondría, en absoluto, a que lo fuera el concepto de "cultura" si de descender a la cripta se tratara. Pero en contra de Foucault, que no se cansa de mostrar-nos la bonita clase de sujeto político y moral que la cultura ha perfilado, considero que no voy solo: la propuesta final, como luego se verá, persigue otro sujeto, y otra cultura, desde luego, pero el concentrado es el sujeto. Gauna ha recorrido paciente, y aun aburridamente, cada concepto, cada

idea, cada propuesta y cada esquina del pensamiento de Foucault. Pero su querencia, abordada sin prisas, tiene como norte la dimensión política del pensamiento foucaultiano. En este sentido, el título del libro es correcto. Veamos, entonces, qué ha vertido Gauna en su libro sobre dicha dimensión.

Poder y dominación emergen en esta dimensión como realidades claves encarnadas en cada institución de Occidente: acabar con ellas, dinamitarlas, o más modestamente redirigirlas a otras prácticas liberadoras (discursivas y efectivas) más humanas para decirlo en jerga estandarizada, constituye la propuesta de Foucault de la mano de Gauna. Y no al revés, porque el autor del texto, o sea, el que pone su mano y su lectura es Gauna, y no el monstruo francés, pretexto tan brillante como se desee, pero pretexto al fin. A fuer de injusto por no detenerme, como se merece el esfuerzo del autor, en cada paso capital de su recorrido, diré que a este respecto sorprenden dos elementos: uno, que Gauna se debate entre la exposición fiel y la distancia crítica. En mi opinión, y por esta vez, y deliberadamente, sucumbe a la primera en detrimento de la segunda, buena prueba de lo cual reside en constarrestar, si bien ponderadamente, cuanto ataque recoge en contra de su autor; y dos, si no leo mal, el precipitado último del proyecto político de Foucault se decanta en clave ética, clave que, sorprendentemente —si hemos de juzgar por la formidable investigación y particulares maneras metodológicas del nada convencional pensador francés— resulta tan antigua como ilustrada: propone un saber gobernar-se y gobernar de un lado, y propone un ethos resumible “en la coherencia a que me debo como ciudadano y que no es otra que la unidad de la identidad, la unidad de los principios, de manera que de ellos y solamente de ellos se es siervo. El sujeto ético es el que se sirve de medios y no de otros sujetos” (p. 231), o sea, una Estética de la existencia, por el otro. Ahora bien, -y es mi posición- una y otra propuesta paran en una conclusión de reminiscencias (de sabor ático y báltico) que una vez puestas, propician la sospecha de si para este viaje hacían falta tales alforjas. Me refiero a Foucault, naturalmente. Menos crípticamente: el monumental despliegue foucaultiano de sus estudios e investigaciones, ¿se corresponde con tan magra conclusión? ¿Habrá que dar por concluida, al menos teóricamente, la modernidad, puesto que incluso quien tan portentosamente la adversa no la supera cuando asienta sus conclusiones? Menos pomposamente: ¿no será que, de grado o por fuerza, hemos de admitir que la modernidad, la ilustración, ha dado con

algún aspecto ya inalterable, y obligado para nosotros, en la comprensión de nosotros mismos? No creo que Gauna ni Foucault renegaran de tales preguntas ni que, puestos a responder, pudieran hacerlo en clave nihilista. Por lo que paso a ocuparme de la subsección 14, verdadera parte de la obra cuyo autor, ahora sí, no es otro, en solitario, que Anibal Gauna. Hasta aquí venía en buena compañía, pero venía de la mano. Veámoslo caminar por su cuenta y riesgo.

3. La deriva venezolana

La primera faena a la que procede nuestro novel autor es a la que metódicamente conviene: fundamentar el tránsito que va de Foucault a la cultura venezolana. Y la faena resulta cumplida, aunque no libre de jirones. En efecto, ya he dicho que si me ponen a escoger, opto por el concepto de sujeto, frente al de cultura, como clave de la obra que presento. La conclusión entrecomillada líneas arriba no me desdice. Siendo así, y a sabiendas de que alguna distinción fina ha de hacerse si se trata de, cual cirujano, intervenir sobre la cultura o intervenir sobre los sujetos (no quiero ni pensar el desastre que supondría identificar a la una con los otros, pues, supuestamente, la primera es una, y los otros muchos, y dotados de conciencia crítica, y el primero Foucault), siendo así, digo, si el discurso final pretende sujetos auto-regulados, antes que inimaginables, pero efectivas, intervenciones sobre la cultura (pozo de sometimientos diversos casi por definición), ¿por qué razón el discurso de Gauna prefiere el debate sobre la cultura que el debate sobre los sujetos? Seguramente por tres clases de razones al menos: una, porque haría traición a todo lo que ha escrito antes de la subsección 14; dos, porque sus interlocutores, en esta subsección, militan en clave cultural; y tres —decisiva a mi modo de ver— porque Gauna podría replicar, con toda razón, a quienes como yo prefieren la discusión en clave de sujeto: ¿y con que sujeto hablo si los sujetos actuales no se dicen a sí mismos, y si se dicen la clave cultural en la que se dicen me brinda pautas para entenderlos que su no-decir-de-sí-mismos no me brinda? Por tanto, la elección del autor es metodológicamente impecable, pero ideológicamente parcializada, esto es, a partir de la dichosa conclusión entrecomillada, y si su elección en el contexto de la lectura de Gauna es correcta (y yo no veo razón para que no lo sea), parece que lo pertinente hubiera sido enfilarse hacia consideraciones cuyo eje no sobrepasara desmedidamente al sujeto que se propone cons-

truir más que a la cultura que lo envuelve. Mi desazón, lo confieso, se funda en lo totalizante de las intervenciones culturales y políticas, que suelen reparar poco en los sujetos que son objeto de su intervención. Por el momento, no obstante, y habiendo dicho que el autor no yerra en su elección, me bastará invitarlo a considerar que tanto él, como yo, conocemos a sujetos que ya se han internado por otros caminos de auto-regulación, pero que no conozco -no sé si él- una alternativa cultural de ámbito local (que no sea de signo ilustrado) que venga dando la cara por otro tipo de regulaciones socio-políticas.

Bien, la subsección 14, como dije, constituye el camino solitario de Gauna. Pero eso vale en el sentido en el que se dijo. Porque como no podía ser de otro modo, rápidamente busca con quién habérselas y no siempre por las buenas: varios sociólogos venezolanos han sido llamados a capítulo en esta subsección, en particular Alejandro Moreno, a quien Gauna se opone, apoyado especialmente en Samuel Hurtado, para cantarle las cuarenta a propósito de su desquiciante sujeto conocido con el nombre (que no es tal nombre, pues es un verbo) de funciona. Tal cual, no se espante el lector: el sujeto de Moreno se llama funciona; el de Gauna, si he de seguir con la juerga, se llama Aníbal. Pero no estamos para juergas. El hecho es que Gauna, al mejor modo ilustrado, avanza una crítica demoledora sobre el modelo convival de Moreno, según el cual, la salida de nuestros quebrantos culturales, halla solución en los mismos resortes que sustentan esa cultura, el principal de los cuales es, dicho en solfa, que los hijos quieren mucho a sus madres porque las madres quieren mucho a sus hijos... y que no se les ocurra a los tales hijos salirse por la tangente (la tangente es la crítica ilustrada de Gauna, claro está), pues han de ir a parar, ahora sí, a las garras de dominación que es, a todas luces, la cultura occidental europea, cuya esencia de dominación bastante paladinamente denuncia Foucault y Gauna estudia pormenorizadamente. En estas estamos.

Pero dejemos atrás el momento de divertimento para cerrar ya esta presentación de un libro que, repito, por ser el primero de un joven sociólogo, con trazas de pensador, merece ser presentado en sociedad con cierto mimo: el libro de Gauna merece ser leído por buenas y diversas razones. Concluiré seleccionando dos: la primera no es otra que conocer la valiente salida a la luz pública de un sociólogo joven y prometedor. Y hecho eso, lógicamente, plantarle

cara si el lector considera de interés salir al paso de lo que allí se sostiene. Mas como el modelo convival es el preponderante así nos opongamos, terminaré con una modesta advertencia: frecuentemente, los sociólogos —y nada digamos de los filósofos— tienden a creer, sin más fundamento que sus desmedidos egos, que sus explicaciones funcionan como causas históricas de acontecimientos históricos. Tenerlo en cuenta no le vendrá mal del todo a Gauna cuando, así lo esperamos, enfile su pluma hacia otra obra más acabada. Por esta vez, y para ser la primera, es justo decir que ha salido bien librado, a pesar de ser Foucault una especie de sirena cuyo canto, si es oído excesivamente de cerca, encanta hasta eliminar lo poco de sujeto (esa cosa que se desliza en nosotros) que nos va quedando en esta época de cultura cotidiana apabullante, uno de cuyos debeladores es el brillante y complicado pensador francés.